



A VECES, TODOS QUISIMOS AMAR A MANOLITA

Tras el cianuro plástico y el sable y la mujer rusa del único pecho y las tres manos, estaba Manolita con su braga de hilo y el zapato de plata. Y Dios y el demonio de arcángeles rubios de lentejuelas, con el cáliz de la voz hecho pimienta, chiste atrevido y salsa de verano. Manolita Chen, que fue la esposa del chino Chen –posiblemente, un avispado tintorero catalán, hijo de un hombre de Pekín, huído de los mandarines–. Los esposos liberales de la época iban a ver las treinta venerables señoritas y como a un pablo romero, burlaban la sospecha severa del conyuge católico: “Es magnífico el mago, te aseguro”.

A veces, todos quisimos amar a Manolita y sentarle a la vespa del hermano. Viajar con ella al origen de la especie o citarle al oído palabras de cuplé: “Bésame, bésame mucho...” Y hundirnos de repente en su acuarela de kimonos y paraguas japoneses, echarle el miembro de pronto como la fiera al cautivo. Aunque bien supiéramos que fuimos tan sólo figurines de leyenda y aquel tiempo, una farsa. Un cuento chino. Todo mentira.

JUAN JOSE TELLEZ

DAME LA LENTITUD DEL JUICIO

*Dame la lentitud del juicio,
y su navegación profunda,
más allá del círculo de plata,*

*todo lo que respira alrededor
de la extrema levedad de la tolerancia,
y se asoma al balcón de las 3 de la tarde,
y reincide en la luz, hasta el escalofrío.*

*Concédeme en esta hora excesiva,
te lo pido, la absoluta osadía del amor,
su triple salto mortal,*

*solo ya ves, te ruego,
el andamio de Abril para la ira,
para el dolor y el túnel,
para la vida.*

JULIA OCHOA